

todo lo destruye? La ambicion es capaz de pretender encerrar el viento en unas redes, sacar agua en una criba, edificar sobre arena, sembrar en las rocas, cortar las llamas con una segur, labrar las olas, hacer blanco al Etiopie, fabricar telerañas, cantar delante de un sordo, contar las olas del océano, y enseñar la natacion al hierro.....

Debemos huir  
de la ambicion.

San Próspero, dice de un modo admirable: El que quiere poseer á Dios, debe renunciar al mundo, á fin de que Dios sea su único tesoro; el que se halla seducido por la ambicion de poseer los bienes de la tierra, no ha renunciado á las cosas mundanas; en tanto que no se desprende de lo que le pertenece, es el esclavo del mundo, cuyos bienes conserva. No puede servir á Dios y á la ambicion á un mismo tiempo. (*In Sentent.*).

## AMOR Á DIOS.

**H**AY dos amores: el amor de concupiscencia, ó el amor imperfecto, y el amor de pura caridad, ó el amor perfecto. Por medio del amor de concupiscencia ó imperfecto, nos dedicamos á agradar á Dios para que nos dé por recompensa la gloria eterna. Este amor es bueno; pero es más bien un acto de esperanza que de caridad. El amor perfecto, por el cual nos esforzamos á agradar á Dios y queremos someternos á su voluntad, consiste en amarle únicamente por ser él quien es, y no por la recompensa que á los buenos promete. Este amor es propiamente la caridad perfecta.

Hay dos amores.

Amad al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, y con todas vuestras fuerzas: *Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.* (Deuter. VI. 5). Permanezcan estas palabras en vuestro corazon, repetidas á vuestros hijos, mediadlas sentados en vuestra casa y viajando, ántes de dormir y al despertar. Fijadlas como una señal en vuestra mano, colgadlas delante de vuestra vista, escribidlas en el dintel de vuestras casas y sobre las puertas (1).

Necesidad de amar á Dios.

Jesucristo recuerda la obligacion impuesta por el mismo precepto: Amad, dice, al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todo vuestro espíritu. Este es el mayor y el primero de los mandamientos: *Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.* (Math. XXII. 37). *Hoc est maximum et primum mandatum.* (Ibid. 38).

Amad con todas vuestras fuerzas á aquel que os ha creado, dice el Eclesiástico (2); y en otro lugar: Amad á Dios toda vuestra vida, é invocadle para que os salve: *Omni vita tua dilige Deum et invoca illum in salute tua.* (XIII. 18).

El motivo que debe llevarnos á amar á Dios, es que Dios es el alma y la vida de nuestra alma; pero es justo que el alma tribute á Dios lo que el cuerpo tributa al alma, y que todo lo hagamos por amor á Dios: así como el cuerpo teme sobre todo ser separado del alma, nuestro principal temor ha de ser vernos separados de Dios. Así el apóstol S. Judas nos impone la obligacion de mantenernos en el amor á Dios: *Vos metipsos in dilectione Dei servate.* (XXI).

(1) Eruntque verba hæc in corde tuo. Deuter. vi. 6. Et narrabis ea filiis tuis, et meditaberis eis sedens in domo tua, et ambulans in itinere, dormiens atque consurgens. Ibid. vi. 7. Et ligabis ea quasi signum in manu tua, eruntque et movebuntur inter oculos tuos. Ibid. vi. 8. Scribesque ea in limine, et ostiis domus tue. Ibid. vi. 9.

(2) In omni virtute tua dilige eum qui te fecit. vii. 32.



El caballo nace para correr, este es su fin; el pájaro para volar, el buey para surcar la tierra, el perro para ladrar, el fuego para calentar, el agua para apagar la sed, etc.; el hombre nace para amar á Dios: este es su único fin.

Aun cuando yo hablase todas las lenguas de los hombres y hasta de los ángeles, dice el gran Apóstol á los corintios, no teniendo caridad, sería como un bronce sonoro y un cimbalo retumbante. Aun cuando tuviese el don de profecía, aun cuando penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias, y aun cuando tuviese toda la fe necesaria para trasportar montañas, si no tuviese caridad, nada sería. Y aun cuando distribuyese todas mis riquezas para alimentar á los pobres, y entregase mi cuerpo á las llamas, sin caridad, de nada me serviría todo esto. (1). El mismo Apóstol exclama: El amor de Jesucristo nos insta: *Caritas Christi urget nos*. (II. Cor. V. 14). Jesucristo murió para todos, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. (2).

El amor de Dios es tan grande, dice S. Agustín, que aquel que no lo tiene, en vano posee todo lo demás; y al contrario, aquel que lo tiene, todo lo posee. (3). El mismo santo Doctor añade, como el Apóstol, que la fe puede existir sin la caridad, pero que entonces es estéril, y no puede ser útil. (4).

La castidad sin la caridad, dice S. Bernardo, es una lámpara sin aceite: quitad el aceite, y la lámpara ya no alumbrará; quitad el amor de Dios, y la castidad deja de ser agradable. (5).

El fin de los mandamientos es la caridad, dice S. Pablo á Timoteo: *Finis precepti est caritas*. (I. 4. 5). En los dos preceptos del amor á Dios y al prójimo está cifrada toda la ley y los Profetas, dice Jesucristo: *In his duobus mandatis universa lex pendet et Profeta*. (Matth. XXII. 40).

¡Oh alma mía! exclama S. Agustín, creada á imagen de Dios, rescatada con la sangre de Jesucristo, esposa de la fe, dotada por el Espíritu Santo, adornada con las virtudes, puesta en la categoría de los ángeles, ama al que tanto te ha amado; piensa en el que jamás te olvida; busca al que te busca; date por entero al que ente-

(1) Si inquis hominum loqui, et angelorum, caritatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, ut cymbalum tintiens. I. xii. 1. Et si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, caritatem autem non habuero, nihil sum. I. xii. 2. Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum ita ut ardeam, caritatem autem non habuero, nihil mihi prodest. I. xii. 3.

(2) Pro omnibus mortuus est Christus, ut, et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed alii qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit. II. Cor. v. 15.

(3) Tanta est caritas, que si desit, frustra habentur cetera; si adsit, habentur omnia. *Sermon. cccxxvi.*

(4) Fides sine caritate esse potest, profectus non potest. *Lib. XV. de Trinitate, c. xvii.*

(5) Castitas sine caritate lampas est sine oleo; subtrahit oleum, lampas non tuoc; tolle caritatem, castitas non placet. *Epist. xlii. ad Evagrium.*

ramente se da á tí. (1). Este gran Dios sólo se ocupa de tí; no te ocupes más que de él: en cierto modo, todo lo deja por tí; déjalo todo por él: es la misma santidad; se santa: es la misma pureza; se pura. (2).

El cielo, la tierra, añade aún S. Agustín, y todo lo que contienen, no cesan de decirme que os amo, ó Dios mío, y no cesan de decirlo á todos, á fin de que no tengan excusa si no os aman. (3).

Debemos amar á Dios, 1.º porque es soberanamente amable.

Dios es todo amor, dice el amadísimo Discipulo: *Deus caritas est*. (I. IV. 8). ¿Quién es Dios? dice S. Bernardo: es la voluntad omnipotente, la virtud por excelencia, la luz eterna, la razon inmutable, la suprema bienaventuranza. (4).

Dios es la eternidad: es la medida, el número, el órden, la causa y el fin de todas las cosas. Es el principio y el fin de todas las criaturas: es el bien soberano, inmenso, increado..... Toda abundancia, fuera de mí Dios, es la misma pobreza, dice S. Agustín: *Omnis copia, que Deus non est, egestas est*. (Lib. Confess.).

Como Dios es infinito en su esencia, lo es tambien en todos sus divinos atributos y en cada uno de ellos. Tiene una santidad infinita, un poder infinito, una sabiduría infinita, una misericordia infinita, una ciencia infinita, una bondad infinita, é infinitos son tambien sus demás atributos. Dios pasa más allá del infinito, no sólo de todo lo que existe y de todas las cualidades y perfecciones, sino de todas las cosas posibles ó imaginarias: pasa, no un grado, ni ciento, ni un millón, más allá de todo, sino infinitamente más que todo cálculo.

Contemplad cuánto os sea dable la sabiduría, el poder, la bondad, la hermosura, las riquezas, etc.: imaginad estas perfecciones llevadas al infinito, y habéis de saber que cuando hayais llegado á este punto, todos vuestros pensamientos, todos vuestros cálculos, y los pensamientos y los cálculos de todos los hombres y de todos los ángeles, no han dado un paso para acercarse á las infinitas perfecciones de Dios; habéis de saber que no habéis alcanzado el Ser de Dios, sino que os hallais todavía á una distancia infinita. Que todos los espíritus, exclama Isaías, que todas las lenguas, todas las inteligencias, todas las voces de los serafines y de los querubines callen, y cubran éstos sus rostros con respeto, y se anonaden..... porque todos los ángeles reunidos, con todas sus llamas de amor, no pue-

(1) O anima mea, insignita Dei imagine, redempta Christi sanguine, desponsata fide, dotata spirita, ornata virtutibus, deputata cum angelis: dilige illum á quo tantum dicta es; inquit tibi, qui intendit tibi; quere quarentem te, una amatorem tuum. *Soliloq.*

(2) Esto sollicita cum sollicito, cum vacante vacans, cum mundo munda, cum sancto sancta. *Soliloq.*

(3) Caelum et terra, et omnia que in eis sunt, ecce unquique mihi dicunt ut amem te; nec cessant dicere omnibus, ut sint inexcusabiles. *Soliloq.*

(4) ¿Quid est Deus? Voluntas omnipotens, benevolentissima virtus, lumen eternum, incommutabilis ratio, summa beatitudo. *Lib. V. de Considerat., c. xi.*

Motivos que obligan á amar á Dios, sacados de Dios mismo ó de sus infinitas perfecciones.



den, ó Dios mío, comprender ni concebir el menor grado de vuestra gloria!...

Exclamemos con el Salmista: El Señor es grande y superior á las alabanzas; su grandeza no tiene límites: *Magnus Dominus, et laudabilis nimis; et magnitudinis ejus non est finis.* (CXLIV. 3). Y con el profeta Baruch: Dios es grande, eterno, elevado, infinito: *Magnus est, et non habet finem, excelsus et immensus.* (III. 25).

Motivos que obligan á amar á Dios tomados del amor que tiene á los hombres.

Es preciso amar á Dios, 2.º porque nos ha amado soberamente. Amemos á Dios, porque Dios nos ha amado primero, dice S. Juan: *Nos ergo diligamus Deum, quoniam ipse prior dilexit nos.* (I. IV. 19). Os he amado con un amor eterno; por eso, misericordioso, os atraje á mi misericordia, dice el Señor en Jeremías: *In caritate perpetua dilexi te; idèo atraxi te miserans.* (XXXI. 3).

En el amor infinito que Dios tiene para el hombre, debemos admirar: 1.º el amor que nos ha profesado desde toda la eternidad, sin tener necesidad de nosotros, poseyéndolo todo en sí mismo; 2.º considerar que no nos ama por necesidad, sino plena, libre y liberalmente; 3.º que nos ama sin utilidad ninguna para él; 4.º que ama al hombre ántes de que éste tenga uso de razon, ántes de que tenga algun mérito, alguna dignidad que pueda hacerle amable, y áun cuando se halle cargado de numerosos y grandes defectos, que sólo debieran hacerle digno de odio; 5.º que ama á los mismos que prevé han de llegar á ser ingratos y enemigos suyos; 6.º este amor de Dios hácia los hombres no parte de ignorancia ó de pasion, como el amor de casi todos éstos, sino que es inseparable de una justa equidad y de una gran sabiduría.

¿Qué sabiduría hay en Dios, direis, si ama á los hombres miserables y pecadores? Ya no son entónces un objeto amable por sí mismo. La razon del amor de Dios no viene del objeto amable, como sucede entre los mortales, sino que viene del mismo Dios. Dios en efecto, nos ama por él mismo, porque es infinitamente bueno; tiene tanta bondad, que quiere derramar su liberalidad y sus beneficios sobre nosotros, á pesar de nuestra indignidad. La bondad infinita de Dios es pues la base y la razon de su amor para los hombres, de la comunicacion de sus dones y de sí mismo. Hay en Dios una voluntad infinita y un deseo sin tasa de comunicarse, que provienen de la perfeccion y de la plenitud infinita de su esencia. Esta esencia es tal que lo lleva á entregarse; y por mayores que sean sus liberalidades, Dios nada pierde de su plenitud. Es como una fuente de la que se saca agua, y siempre es la misma, siempre corre.... Dios es en las cosas espirituales lo que el sol en las cosas sensibles, dice S. Gregorio Nazianceno. Asi como el sol lanza por todas parte sus rayos bienhechores, á fin de iluminar, calentar, vivificar, fecundizar la naturaleza, Dios derrama sobre todas las criaturas y especialmente sobre los ángeles y los hombres, los divinos rayos de su beneficencia, á fin de ilustrarlos con la luz de

su sabiduría, inflamarlos con su amor, vivificarlos con la vida de la gracia y la de la gloria. (*Distich.*)

Esta largueza de parte de Dios en prodigar beneficios, es inmensa; la encontraremos admirable si consideramos: 1.º la majestad del que ama y da; 2.º el estado, la condicion de aquellos á quienes da. Si examináis la naturaleza de éstos, son hombres, y ocupan el último puesto entre las inteligencias: si los consideráis bajo el punto de vista de las cualidades del alma, son pecadores, enemigos de Dios, orgullosos, ingratos, carnales, muy débiles para el bien, inclinados á todos los vicios; si los consideráis relativamente á las cualidades del cuerpo, son mortales, enfermizos, viles, asquerosos y destinados á ser pasto de los gusanos.

Dios podia dejarnos en la nada.... Al crearnos, podia no hacernos superiores á los minerales, á los vegetales, á los brutos.... Nos ha creado razonables, hechos á su imagen, capaces de conocerle, servirle, amarle.... Nos ha creado inmortales, y nos destina á la bienaventuranza eterna....

Amor infinito de Dios en la creacion.

1.º Dios se comunica á nosotros, no como á servidores, á esclavos, sino como á hijos suyos, hijos que ha declarado herederos suyos y coherederos de Jesucristo; 2.º su bondad divina ha encontrado el medio de descender hasta el débil, curar al enfermo, acoger al abandonado, engrandecer al pequeño, dar con superabundancia sus riquezas á los más pobres, y socorrernos á todos. Dios es la misma bondad y el mismo amor, dice S. Bernardo, creando los espiritus para que gozen de él; dando la vida para hacer sentir y comprender su amor; atrayendo para ser deseado; dilatando al hombre para que dé abrigo á Dios; justificándole para que merezca la gracia y la gloria; inflamándole para darle celo; fecundizándole para que produzca frutos de vida; dirigiéndole hácia la equidad; formando su corazon para la beneficencia; moderándole á fin de que sea cuerdo; fortaleciéndole á fin de que adquiera virtud; vivificándole para consolarle; iluminándole para que vea; conservándole para la inmortalidad; satisfaciéndole para embriagarle de felicidad; cobijándole para que seguro permanezca. (*Serm. in Cant.*)

Amor infinito de Dios en el modo con que se comunica al hombre.

3.º Dios se comunica varias veces ántes que lo pensemos, ántes que lo deseemos, ántes que se lo pidamos. Obra de esta manera en todas las gracias preventivas, para excitarnos á solicitar las gracias subsecuentes, que, como dice S. Ambrosio, hasta son siempre más abundantes de lo que hemos pedido: *Semper Dominus plus tribuit quam rogatur.* (Serm. III). Si solicitais una gracia cualquiera, Dios os la concederá, añadiendo otras que no pediais. El rey Ezequias sólo pedía salud, y Dios se la concedió, añadiéndole quince años de vida, una victoria milagrosa y la destruccion de ciento ochenta y cinco mil Asirios. (Isaias XXXVIII). Salomon pedía sabiduría y Dios se la dió acompañada de inmensas riquezas y una brillante



gloria. (III. Reg. III). Daniel pedía la libertad del pueblo cautivo en Babilonia, y Dios añadió la promesa de la venida del Mesías que debía rescatar al mundo entero del cautiverio del demonio. (Dan. IX. 14). David pedía un hijo, y este hijo fué el Mesías. (II. Reg. VII. 12).

Mis delicias, dice el Señor en el libro de los Proverbios, consisten en habitar con los hijos de los hombres: *Delicia mea esse cum filiis hominum.* (VIII. 31).

1.º Dios tiene un cuidado especial de todos y cada uno de nosotros; para el hombre creó el universo y cuanto encierra. Porque Dios ama á los hombres como á vivas imágenes suyas que llevan el sello divino. 2.º El instruye al hombre con su sabiduría; le enseña la sana doctrina, la verdadera moral, á fin de que pueda servir á Dios santamente y ser feliz.

Amó Dios de tal manera al mundo, que le envió y dió su único Hijo, dice el apóstol S. Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (III. 16). Amó al mundo de tal manera, esto es, con un amor tan grande, con tanto exceso, que dió su único Hijo. No es un rey, no es un ángel quien tanto nos amó, sino Dios. Nos amó el primero y gratuitamente, sin que lo hubiésemos merecido, sin que ni siquiera lo hubiésemos deseado. Amó al mundo, enemigo suyo, al mundo digno de eterna reprobación; y lo amó tanto, que le dió su Hijo. No le dió un extranjero, un niño adoptivo, sino su propio Hijo; y no escogió á este hijo entre varios, es su Hijo único. No se lo dió por cierto precio, sino gratuitamente; no se lo dió para que recibiese triunfos y un reino, sino para que fuese clavado en la cruz y entregado á la muerte. Obró así, no en ventaja suya ni en la de su Hijo, sino á fin de que la muerte de este Hijo único nos devolviese la vida; á fin de elevarnos en razon de las humillaciones sufridas por Jesucristo en razon de su aniquilamiento; para colmarnos de riquezas, de bienes inmensos, de una gloria eterna.

No; Dios, dice Jesucristo por S. Juan, no envió su Hijo al mundo á fin de que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por él: *Non misit Deus Filium suum ut iudicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.* (III. 17). ¡Ah! exclama el gran Apóstol, transportado de amor y reconocimiento: si Dios Padre no titubeó en sacrificar á su propio Hijo, y si lo entregó á la muerte para todos nosotros, ¿qué podrá negarnos ahora? *Qui etiam proprio Filio suo non peperit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, ¿quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* (Rom. VIII. 32).

Si, dice el amadísimo Discípulo, enviando Dios al mundo á su único Hijo á fin de que viviésemos por él, manifestó su amor hácia nosotros: *In hoc apparuit caritas Dei in nobis, quoniam Filium suum unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum.*

Dios es nuestro Creador, nuestro bienhechor, nuestra providencia.

¿Qué pruebas de amor nos ha dado Dios Padre por la encarnación y la redención.

Aquí es donde hallamos la longitud, lo ancho, la altura, la profundidad del amor de Dios. Aquí es donde hemos de exclamar con S. Pablo: *¡O altitudo! ¡O misterio impenetrable del más sublime y del más grande amor! Un Dios se hace hombre: Verbum caro factum est.* (Joann. I. 14); muere en la cruz; y es su amor el que le lleva á encarnarse; es su amor el que le conduce á la muerte. ¡O amor!... Dios nos ha amado desde toda la eternidad, pero para esto sólo le bastó un pensamiento; nos amó en la creación, pero no necesitó más que una palabra. En la redención nos amó hasta morir por nosotros. Juzgad de la fuerza de su amor por su encarnación, su vida penosa, sus sufrimientos y su muerte!...

El Hijo de Dios nos amó con el amor más tierno y eficaz, no con palabras, sino con acciones. Bajo el impulso de este amor, dió voluntaria y libremente, no riquezas terrestres, no sus hermanos y amigos, sino que se dió á sí mismo por nosotros pecadores, que éramos enemigos suyos, para pagar nuestras deudas, expiar nuestros crímenes, destruir la muerte y darnos la vida. La gracia de nuestro Señor ha sido superabundante, dice S. Pablo: *Superabundavit gratia Domini nostri.* (I. Tim. I. 14).

Exclamemos con Zacarías: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque nos ha visitado y ha obrado la libertad de su pueblo. Ha elevado el signo de la salvación. Nos ha salvado de nuestros enemigos y de la mano de los que nos aborrecen. Dios por sus entrañas de misericordia, ha bajado del cielo y nos ha visitado. (Luc. I. 68-78). *Per viscera misericordiae... visitavit nos oriens ex alto.* (Id. I. 78).

Los efectos de su amor hácia nosotros, amor perfecto y evidente, son su encarnación en el seno de una Virgen, sus predicaciones, sus tareas, sus trabajos, sus humillaciones, sus milagros, su pasión, su muerte, sus Sacramentos, el descenso del Espíritu Santo, el cuidado particular que toma por toda la Iglesia y por cada fiel: *Per viscera misericordiae visitavit nos oriens ex alto.*

Hé aquí, dice Teodoro, el más alto grado, el colmo de la bondad divina, de la inefable ternura, de la increíble misericordia, de la inmensa clemencia, de la indecible caridad del autor y del consumidor de todo bien: es que el Creador, el Señor, el Príncipe, el Dios fuerte, el Sér inmutable haya librado de la muerte y de la esclavitud del infierno al hombre, este átomo, este sér sujeto á la muerte, corruptible, ingrato ó inútil; que le haya dado tal libertad, haciéndole completamente franco, y adoptándole por hijo suyo; y por fin que se haya hecho el amigo de los hombres; su pan, su vino, su guía, su puerta, su vida, su luz, su resurrección. (In Evang.).

Digamos con la Esposa de los Cantares: Voz de mi querido; va le veo que viene saltando por las montañas, y atravesando las colinas: *Vox dilecti mei: ecce iste venit, saltans in montibus, transiliens colles.*

¿Qué amor nos ha profesado Dios Hijo tornándose carne humana y muriendo por nosotros?



(Cant. II. 8). Hé aquí á mi querido que me dice: Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, y vén: *En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, et veni.* (Ibid. II. 16).

Mi muy amado se alimenta en medio de las azucenas, él es mio, y yo soy suya: *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia.* (Ibid. II. 16).

Veid en esto el amor infinito de Jesucristo, y pasmos de admiración. El objeto, el motivo del amor, es el bien; y si los hombres aman á alguien, es sólo porque en el objeto amado encuentran hermosura, sabiduría, riqueza, finura, elevación y mucha bondad. Pero, Salvador mio, ¿qué cosa buena habeis encontrado en nosotros? ¿qué hermosura ha podido fijar vuestro amor? Éramos pobres, viles, mendigos, insensatos, miserables, corrompidos, asquerosos. He amado, nos dice, tu fealdad para hacerla bella; he amado á enemigos para convertirlos en amigos míos; he amado á locos para hacerlos cuerdos; he amado á mendigos para enriquecerlos á séres viles para ennoblecerlos, á miserables para hacerlos felices y cubrirles de gloria. La grandeza del amor de Jesucristo, que sobrepuja á todo amor creado, consiste en que no se fija sobre un objeto amable, sino que lo hace amable por su amor. Ama para comunicar sus gracias á los malos, para darles su amor, convertirlos en amigos suyos, y no contento todavía, hacerlos hijos y herederos suyos.

El Verbo eterno, que es la sabiduría del Padre, ha querido ser hombre para salvar al hombre y enseñarle con palabras y obras la verdadera sabiduría; como desea ardientemente poseernos, se ha encarnado á fin de descansar en nuestras almas, morar en ellas como en su templo y su tabernáculo, á fin de arraigar en ellas y hacer nacer sus virtudes, sus méritos y el fruto de sus ricos trabajos, á fin de que imitándole merezamos verle y poseerle.

La grandeza del amor de Jesucristo ha cambiado en miel toda la hiel de las miserias humanas, en delicias todos los dolores y las cruces. Ha tomado todas nuestras miserias, excepto el pecado, para colmarnos de todos sus bienes. El amor de Jesucristo, que ha hallado sus delicias en permanecer entre nosotros, ha hecho milagrosamente que el hambre, la sed, el trabajo, el dolor, la muerte y todos los padecimientos fuesen una felicidad para nosotros. Estudad á los Mártires.... Si prestais atención, dice S. Bernardo, vereis que Jesucristo, la misma alegría, se entristece, se turba; él, que es nuestra salvación, sufre; él, nuestra vida, muere; es débil, él, la fuerza suprema. Y lo que no es ménos admirable, su tristeza produce la alegría; su temor la fuerza; su pasión la salud; su muerte la vida; su debilidad el valor. Así Jesucristo recibió un placer en sufrir nuestras miserias, á fin de que su felicidad hiciera nuestras delicias. (*Serm. in Epiphán.*)

Jesucristo, dice S. Pedro Crisólogo, ha venido á tomar nuestras enfermedades para armarnos con su fuerza; á revestirse de la huma-

nidad para darnos la Divinidad; á aceptar las humillaciones para hacernos dignos de los honores; á sufrir las pesadumbres para alcanzarnos la paciencia; porque el médico que no se compadece de las enfermedades, no sabe curar, y el que no sabe enfermar con el enfermo, es imposible que sepa dar la salud. (1).

¡O dulzura, ó gracia, ó fuerza del amor de Jesucristo, exclama S. Bernardo! El más grande de todos los séres ha querido ser el más pequeño y el último de todos. ¿A quién debemos estas maravillas? Al amor de Jesucristo, despreciando las dignidades, lleno de misericordia, poderoso en afección y eficaz en persuasión. ¿Puede haber algo más grande? El amor triunfó del mismo Dios. Triunfa de Dios á fin de triunfar nosotros y obligarnos á pagar su amor con nuestro amor, entregándonos enteramente á Jesucristo que nos ama, como Jesucristo se entregó á nosotros por el amor que nos profesaba. (2).

¿Por qué se place más Jesucristo en vivir con los hombres que con los ángeles? Hé aquí las razones: 1.º tomó la naturaleza humana, y no la naturaleza angélica; 2.º como la virtud es más penosa y más difícil á los hombres, á causa de su naturaleza degradada, los fortifica con sus consuelos y sus gracias, y les sostiene á fin de que la práctica de la virtud les sea fácil y agradable. Así es que cambió en delicias la cruz de S. Pedro y de S. Andrés; S. Lorenzo halló la felicidad sobre una parrilla candente; las flechas fueron sabrosas para S. Sebastian; toda clase de tormentos deleitosos para S. Vicente; las señales de las llagas de Jesucristo queridas de S. Francisco, etc. ¡Qué alegría no experimentó Jesucristo por sus más distinguidos Santos, como S. Pablo, S. Antonio, Sta. Inés, Sta. Agueda, Sta. Cecilia, Sta. Catalina de Sena y las demás que fueron vírgenes y mártires! El amor de Jesucristo hacía los hombres lo enagena. ¿No está embriagado de amor cuando baja del cielo al seno de una virgen; cuando del seno de María se coloca en un pesebre, y del pesebre sube á la cruz? ¿No es un amor llevado hasta la embriaguez el que le hace recorrer los villorrios y las villas, las ciudades y las aldeas, á fin de predicar el reino de Dios, sufriendo el hambre, la sed, el frío, el calor, los ultrajes, las maldiciones, los sarcasmos y las blasfemias para la salvación de los hombres? ¿No está ébrio de amor en la cruz, mucho más que de dolor? Consiente en pasar por infame, se deja insultar, despojar, cubrir de llagas y de sangre, atar en el cadalso de los ladrones como un ladrón; muere por fin con la muerte de los

(1) Christus venit suscipere infirmitates nostras, et eas nobis conferre virtutes; humana querere, prestare divina; accipere ignis, reddere dignitates; ferri tradit, reformare suavitate; qui medicus qui non fert infirmitates, curare nescit, et qui non fuerit cum infirmo infirmus, infirmo non potest conferre sanitatem. *Serm. II.*

(2) O sanctitatem, ó gratiam, ó amoris vim! Summus omnium factus est omnium infirmus. ¿Quis hoc fecit? Amor dignitate nascens, dignitate dives, affectu palens, sensu efficax. ¿Qui violentus? Triumphat de Deo amor ut et de nobis triumphat, cogitque nos per pari reddere, ut nos totos demus amori Christi, sicut ipse se totum dedit amori nostri. *Serm. XLVI in cont.*



criminales. ¿Qué cosa más grande podemos hallar? El amor triunfa de todo un Dios: *¿Quid violentius? Triumphat de Deo amor.*

Dios es nuestro padre, la humanidad de Jesucristo es nuestra madre; y así como una madre lleva á su hijo en su seno, le proporciona elementos de desarrollo, lo dá á luz, le alimenta, le levanta, le acuesta, le lava, le divierte, le instruye, no sin continuos y grandes trabajos, hasta llegar á hacer de él un hombre cumplido; así también Jesucristo, madre nuestra, se ha entregado á penosos y continuos trabajos durante treinta y tres años, ha sufrido grandes dolores, sobre todo en la cruz y de la misma manera nos ha concebido, nos ha hecho nacer á la vida de la gracia, nos ha amamentado, nutrido y educado. De ahí viene que Jesucristo, al hacerse hombre, quiso no deber su cuerpo más que á una madre, á fin de que todo fuera en él entrañas maternales. ¿Qué cosa más profunda podemos hallar? El amor triunfa de un Dios: *¿Quid violentius? Triumphat de Deo amor.*

Como Jesucristo, dice S. Juan en el Evangelio, había amado á los suyos, los amó hasta el fin: *Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos.* (XIII. 1). Les lava los piés, instituye el sacramento Eucarístico y se da por alimento á sus discípulos ántes de morir por ellos y por el universo.

Contemplad sobre todo el amor de Jesucristo en la cruz. La cruz es la cátedra de la que cae la enseñanza de la bondad y del amor de Jesucristo. Me habeis amado, Salvador mio, me habeis amado infinitamente; y aun cuando yo os diera mil almas, mil vidas, ¿qué significarian en comparacion de vuestra vida, que es la vida de un Dios? Aprended de Jesucristo á amar á Jesucristo, dice S. Bernardino de Sena: *Disce á Christo, quomodo diligas Christum.* (Scrius, in ejus vita.) Todo os lo ha dado, y nada se ha reservado, dice S. Crisóstomo: *Totum tibi dedit, nihil sibi reliquit.* (Homil. ad pop.).

Daos enteramente á él, dice S. Bernardo; porque él también, para salvaros, se entregó del todo: *Integrum da illi, quia ille, ut te salvaret, integrum se tradidit.* (Serm. in cant.). No conserveis nada para vosotros, dice S. Francisco de Asis; á fin de que Jesucristo, que nada guardó para sí, os reciba íntegros. (S. Bonav., in ejus vita.) Haced que yo muera en mí mismo, dice S. Agustín, á fin de que sólo Vos vivais en mí: *Moriar mihi, ut tu solus in me vivas.* (Soliloq.).

¿Y dejó de amarnos este Dios de amor? Pobres huérfanos, dice, yo no os dejare, iré á buscaros: *Non relinquam eos orphanos: veniam ad vos.* (Joann. XIV. 18.) No le abandonemos pues jamás. Exclamemos con el gran Apóstol: ¿quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Será la aflicción, ó las angustias, el hambre, ó la desnudez, los peligros, las persecuciones, ó la cachilla? Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados, ni Virtudes, ni las cosas presentes ni las futuras, ni la fuerza, ni todo lo que más alto y más profundo existe, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor. (Rom. VIII. 35-38-39).

El amor de Dios, dice S. Agustín, da á conocer á los hijos de Dios y los separa de los hijos del infierno; sólo con esta señal se les distingue. Los que tienen la caridad, han nacido de Dios; los que no aman á Dios, no tienen este divino origen: *Dilectio sola discernit inter filios Dei et filios diaboli; non discernuntur filii Dei á filiis diaboli, nisi in caritate. Qui habent caritatem, nati sunt ex Deo; qui non, non sunt nati ex Deo.* (Tract. V.)

El amor de Dios, añade S. Agustín, es la más verdadera, la más plena y la más perfecta justicia: *Caritas est verissima, plenissima, perfectissimaque justicia.* (De Natura et Gratia, c. XLII.)

Llama Tertuliano á la caridad el secreto supremo de la fe, el tesoro del nombre cristiano. (De Paciencia.) S. Basilio la llama raíz de los Mandamientos: *Radice mandatorum.* (Orat. III.) Es el punto capital de la doctrina cristiana, dice S. Gregorio Nazianceno. (Epist. XX.) San Jerónimo la llama madre, S. Elren columna, S. Agustín ciudadela de todas las virtudes: *Cunctarum virtutum matrem.* (S. Hier. Epist. ad Theoph.). *Omnium virtutum columnam.* (S. Ephr., de Humil.). *Omnium virtutum arcem.* (S. August., Serm. LIII. de Tempore.) S. Próspero dice que la caridad es la más poderosa de todas las inspiraciones, que es invencible en todo, que es la regla suprema de las buenas acciones, la salvación de las costumbres, el fin de los divinos preceptos, la muerte de los vicios y la vida de las virtudes. (Lib. III. de Vita contemplat., c. XIII.) S. Gregorio dice que es madre y guardadora de todos los bienes: *Matrem et custodem omnium bonorum.* (Lib. IV. Epist. LX.) La caridad, dice S. Bernardo, es la madre de los ángeles y de los hombres, que pacifica no sólo lo que existe en la tierra, sino también lo que está en el cielo: *Hominum matrem et angelorum, non solum que in terris, sed etiam que in celo sunt pacificantem.* (Epist. II.)

Escuchad á S. Crisóstomo: Aquel que arda en amor por Jesucristo, es como si estuviese solo en la tierra. No le importa ni la gloria, ni la ignominia. Desprecia las tentaciones, las flagelaciones, los encarcelamientos, como si sufriese en un cuerpo extraño, ó como si su cuerpo tuviese la dureza del diamante. Se rie de los placeres del mundo y no los siente, así como un muerto no siente á otro. De la misma manera que las moscas se apartan del fuego, los efectos de la carne y de la concupiscencia se alejan del hombre que tiene caridad. (Homil. LIII. in Act.).

En el amor de Dios están todos los tesoros: fuera de este amor, no existe nada. Él es el que hace la felicidad del hombre aquí en la tierra; es el único camino del cielo; hace y hará eternamente la soberana felicidad de los elegidos.

Teniendo caridad, dice S. Agustín, se posee á Dios; y poseyendo á Dios, se tienen todas las verdaderas riquezas: *Si caritatem habes, Deum habes; ille vere dives esse videtur, in quo Deus habitare dignatur.* (Serm. LIV.) Si quereis ser Rey en el cielo, dice S. An-

Excelencia del amor de Dios.



selmo, amad á Dios, y mereceréis ser todo lo que deseais. (*Epist.*). El amor de Dios, dice S. Agustín, es el colmo de la felicidad, el supremo grado de la gloria y de la alegría; es equivalente á todos los bienes. (*Civili. Dei*). La caridad es la más grande de todas las virtudes. Así como el oro sobrepaja en valor á los demás metales, el sol sobrepaja á las estrellas, y los serafines á los ángeles, así también la caridad es superior á todas las demás virtudes. No hay virtudes sin caridad; en donde se halle ésta, todas las demás se encuentran: la caridad es una reina, y las demás virtudes forman su corte. Ella es el oro precioso y puro con el cual se compra el cielo; es un fuego celestial que abrasa los corazones; es un sol que todo lo ilumina, lo fecundiza y lo vivifica. Es una virtud angelica que transforma los hombres en serafines.

¿Deseais más? Escuchad: 1.º La caridad es el guia, la dueña y la reina de las virtudes. 2.º Es la madre que las amamanta; las restablece, las fortifica las sostiene, dice S. Lorenzo Justiniano. (*Lib. Arboris vit.*). 3.º La caridad hace de nosotros amigos é hijos de Dios, sus herederos, coherederos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo. 4.º Distingue á los elegidos de los reprobados. 5.º Es el alma de las virtudes, que de ella sola sacan su mérito; de ahí viene que S. Agustín afirma que únicamente la caridad conduce á Dios. (*In Psal.*). 6.º Es el lazo que nos une estrechamente con Jesucristo.

Nuestra conformidad con el Verbo en la caridad, dice S. Bernardo, une con él nuestra alma como la esposa está unida á su esposo: *Conformitas cum Verbo in caritate, marital animam Verbo.* (Serm. in Cant.). 7.º La caridad es un fuego inextinguible que doma al hierro, y hace derritir los corazones más duros; porque el amor todo lo sobrepaja, puesto que hasta triunfa de Dios. La caridad domina el odio, la cólera, el temor, la codicia, el impulso de los sentidos, etc. y todo lo dirige hácia Dios. 8.º Así como el águila contempla al sol, dice S. Agustín, el que tiene caridad, contempla á Dios, y con dos alas de fuego, el amor de Dios y del prójimo, vuela hácia el Señor. (*De Morib.*).

Ved lo que la caridad obra en S. Pablo. De la misma manera que el hierro puesto en el fuego, dice S. Crisóstomo, se convierte todo en fuego, así S. Pablo, abrasado de amor se volvió todo amor. Ya con sus cartas, ya de viva voz, bra con sus oraciones, ora con sus amenazas, aquí por sí mismo, allá por medio de sus discípulos, empleaba todos los medios para animar á los fieles, afirmar á los fuertes, levantar á los débiles y á los que habían caído en el pecado, curar á los heridos, reanimar á los tibios, y rechazar á los enemigos de la fe: excelente Capitán, intrépido soldado, hábil médico, para todo bastaba. ¡Oh! ¡Si nuestros corazones amasen á Dios como Pablo le amaba, cuántas maravillas! (Serm. in Laud. S. Paul.).

El amor y el temor de Dios, dice S. Agustín, llevan á todas las buenas obras, como el amor y el temor del mundo llevan á todos los

pecados: *Ad omne opus bonum amor ducit et timor Dei; ad omne peccatum amor ducit et timor mundi.* (Sentent. CCXLVIII).

La caridad es tan preciosa, que es superior á todas las demás cosas; para obtenerla es menester emplear en ello todas nuestras fuerzas, nuestros sudores y hasta nuestra vida.

Una grande acción hecha sin amor de Dios, tiene poquísimo peso; pero con la caridad una acción, por pequeña que sea, aunque no fuera más que un vaso de agua fría dada á un pobre, tiene un gran valor á los ojos de Dios. Dios pesa los espíritus, dicen los Proverbios: *Spirituum ponderator est Dominus.* (XVI. 2.) Mas el peso del alma y del corazón, es el amor de Dios. Así es que cuanto más ama á Dios, tanto más pesa en la balanza eterna: el amor le da peso y valor. ¿De qué no es capaz el amor de Dios? ¿Qué no merece la caridad, que es el origen y el principio de todo mérito? ¿Cómo habria de abandonar el Señor á aquel que le ama? ¿Cómo podria dejar de amarle él también?.....

El alma fiel y santa es en sus relaciones con el amor de Dios, lo que un buen soldado en la batalla, un Doctor en medio de una biblioteca, un médico que tiene á mano una farmacia, un legista armado con la ley, un labrador en medio de los trabajos del campo, un joyero dueño de enormes cantidades de oro. Este amor es su espada, su libro, su remedio, su ley, su campo, su riqueza, su arte, su trabajo. Por el amor nos sumergimos en Dios, que es un océano sin límites; estamos en él como los peces en su elemento, como los pájaros en el aire. Recibamos á Dios con un corazón abrasado de amor; que Dios lo penetre, como los rayos del Sol penetran el aire; que se refleje en él, como los rasgos de la lisonomía en un espejo brillante de tersura.

No es el valor de la ofrenda lo que gusta á Dios, sino el amor con que la hacemos, dice S. Salviao. (*Lib. II. ad Cler.*). El verdadero amor, dice S. Bernardo, no busca recompensa, la merece, y esta recompensa es Dios en quien se fija: *Verus amor pramium non quarit, sed meretur, habet pramium, sed id quod amatur.* (Serm. LXXVI). Señor, dice S. Ignacio de Loyola, dadme vuestro amor, y seré bastante rico. (*In ejus vita*).

Por medio del amor nos unimos tan íntimamente con Dios, que no constituimos, en cierta manera, más que un sólo ser con él; el amor nos deifica. Como el hierro en la fragua se cambia en fuego al propio tiempo que conserva su naturaleza, como el aire herido por los rayos del sol se vuelve luminoso, así también el que ama á Dios queda transformado en Dios. Por el amor de Dios tienen cumplimiento las palabras de Jesucristo cuando decía á su Padre: Padre Santo, conservad por vuestro nombre á aquellos que me habeis dado, á fin de que sean uno sólo como nosotros. Yo estoy en ellos, y vos en mí, á fin de que sean consumados en la unidad. (Joann. XVII. 11.-23.) Hé ahí el fin, dice S. Bernardo, es la consumacion, la perfeccion,

El amor nos uno con Dios.



la paz y la alegría en el Espíritu Santo, es el silencio en el cielo. (*Serm. in verb. Eeang.*).

El amor cambia al que ama en lo que ama; el alma habita más bien en aquel que ama que en el cuerpo que anima. Dios se comunica por la gracia, se da él mismo al justo; y por esta comunicación eleva al justo hasta él, se une con él, y le diviniza. Nos hacemos participantes de la naturaleza de Dios, dice el apóstol S. Pedro: *Divina consortes nature.* (II. 1-4). El amor divino transforma á aquel que llena; le obliga á adherirse á Dios á fin de no ser más que uno con él, para que viva, sienta y se regocije con la vida, con los sentimientos y con la alegría de Dios. Esto es lo que experimentaba S. Pablo cuando decía: Y yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí: *Vivo, autem jam non ego, vivit vero in me Christus.* (Gal. II. 20). El que ama á Dios, se separa enteramente de sí mismo; pasa á Dios, se une con él, no pensando en otra cosa, no comprendiendo, no sintiendo más que á Dios, porque no vive más que de Dios: *Mihi vivere Christus est.* (Philipp. I. 21). La razón consiste en que el bien es comunicativo por su naturaleza y es propenso á extenderse; mas Dios, que es el supremo bien, se comunica y se extiende en el más alto grado. La Esposa de los Cantares experimentaba la felicidad de semejante unión: Mi amado, decía, es todo para mí, y yo le pertenezco enteramente: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (II. 16). Yo, que soy el amor puro y perfecto, dice Dios á Sta. Gertrudis, te he escogido, y tanto como el hombre desea vivir y respirar, yo deseo que tú te unas á mí por medio de una union indisoluble; yo te he recibido en el seno de mi bondad paterna, á fin de que tú alcances de mí todo lo que puede ser objeto de tus deseos.

Se imita á Dios por medio del amor.

Escribiendo S. Pablo á los Efesios, les decía: Sed los imitadores de Dios, como hijos carísimos: *Estate imitatores Dei, sicut filii carissimi.* (V. 1). Pero, ó gran Apóstol, ¿cómo puede una debil criatura, como el hombre, imitar á Dios? Decidnos: ¿qué hemos de hacer? Este es el medio: *Et ambulat in dilectione.* Andad por el camino del amor de Dios. (*Eph. V. 2*). Dios es todo nuestro amor; así pues el que ama con todo su corazón, imita á Dios. Dios es todo amor para nosotros. Seamos todo amor para él, y seremos sus imitadores.

Por medio del amor se vive de Jesucristo y para Jesucristo.

*Mihi vivere Christus est.* Jesucristo es mi vida, dice S. Pablo. (*Philipp. I. 21*). Mi vida es Jesucristo, la causa de mi vida es Jesucristo, y esto por tres motivos: 1.º Jesucristo es la causa eficiente de mi vida espiritual, y me la conserva; 2.º Es el principio de mi vida por medio de sus ejemplos; 3.º Es su objeto final. Jesucristo, dice Teofilacto, es mi espíritu, mi luz y mi vida, tanto natural como sobrenatural y bienaventurada. (*Anton. in Meliss.*). Soy, dice Jesucristo, el camino, la verdad y la vida. (*Joann. XIV. 6*). Por consiguiente, aquel que ama á Jesucristo, posee el secreto del camino, de la verdad y de la vida.

Yo estoy crucificado con Jesucristo, dice S. Pablo á los Galatas. Y yo vivo, ó mejor, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. (II. 19-20).

Cada uno de nosotros existe con arreglo al amor que tiene, dice S. Agustín. Los que aman la tierra, se convertirán en tierra; los que aman á Dios, serán dioses: *Talis quisque nostrum est qualis est ejus dilectio: terram diligit, terra eris; Deum diligit, Deus eris.* (Tract. II. in Epist. I. 3. Joannis).

La ciudad de Dios, dice S. Agustín, empieza, se construye y concluye por el amor de Dios; se engrandece por el odio hácia nosotros mismos; pero la ciudad del diablo comienza por el amor propio, y crece hasta llegar al odio de Dios. Amarse, es aborrecerse: *Amor sui est odium sui.* (De Civit. VI. 28). No puedo explicarme cómo uno puede amarse, en vez de amar á Dios; porque el que no puede vivir por sus propias fuerzas, muere amándose: *Qui enim non potest vivere de se, moritur utique amando se.* (Ut supra). Al contrario, cuando amamos á aquel que sólo da la vida, y nos aborrecemos, nos amamos realmente. Debemos amar á Dios, á fin de que, ayudados de su amor, nos olvidemos á nosotros mismos. Amar á Dios es amarse: *Amare Deum est diligere seipsum.* (Ut supra.) Aquel que se prefiere á Dios, no ama á Dios, ni se ama tampoco á sí mismo: *Quisquis seipsum pro Deo amat, nec Deum, nec seipsum amat.* (Ut supra). No se ama á Dios sino por Dios: *Non amatur Deus nisi de Deo.* (Ut supra.)

Amar á Dios es amarse á uno mismo.

Hay tantas almas y corazones como hombres, dice S. Agustín; pero desde que se unen á Dios por el amor, no forman más que un alma y un corazón. Tal es el sublime ejemplo que nos han dejado los cristianos: *Multorum hominum multe sunt anime, et multa sunt corda; sed ubi per dilectionem adherent Deo, una anima, et unum cor fiunt.* (Sentent. CCCXLVIII).

El amor de Dios une á los hombres entre sí.

Como nada podemos hacer para aumentar la felicidad de Dios, trabajemos por medio de la caridad en bien de nuestro prójimo, que es su imagen; derramemos entre nuestros hermanos la sabiduría, la gracia, el buen ejemplo y todos los dones que hemos recibido de Dios. La limosna espiritual es más preciosa que la limosna material; y cuanto más demos á nuestros semejantes, más nos enriquecerá Dios. Los manantiales que producen mucha agua, reciben todavía más; si detuviesen sus olas, el agua que les viene, se detendría, y si el agua primera ocupase ya toda la fuente, no quedaria lugar á la que viene. Así sucede con los predicadores y los que dan limosna, etc. Cuanto más ayudan á su prójimo, de más larguezas les colma Dios.

Escuchad á un mártir, mártir de la caridad, ántes de serlo de la espada. S. Pablo, cuando escribía á los Corintios: No hay dia, hermanos, en que yo no muera, por asegurar la gloria vuestra y también mía, que está en Jesucristo nuestro Señor: *Quotidie mor-*



*rior per vestram gloriam, fratres, quam habeo in Christo Jesu Domino nostro.* (I. XV. 31).

El que es infiel á Dios, no puede ser fiel al hombre, dice S. Ambrosio; y la piedad es la que guarda la amistad: *Non potest homini amicus esse, qui Deo fuerit infidus; pius custos amicitiae est.* (Serm. VII). El amor de Dios y el amor del prójimo jamás van separados; no forman más que un mandamiento.....

El amor de Dios hace insensible.

El gran Apostol pinta la fuerza del amor de Dios. ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? dice. ¿Será la tribulación ó la angustia? ¿ó el hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el riesgo? ¿ó la persecucion? ¿ó la espada? Estoy seguro, *certus sum*, que ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados, ni Virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor. (Rom. VIII. 35-38-39).

Prestad oído á Santa Agueda, virgen y mártir: Estoy de tal modo segura y firme en el amor de mi Señor Jesús, dice, estoy tan firmemente resuelta á guardar el voto de virginidad que le he hecho, que espero, mediante su gracia, ántes ver que la luz falta al sol, el calor al fuego, la blancura á la nieve, que vacilar en mi voluntad y mis resoluciones. (*Surtus, in ejus vita*).

No hay nada, por más duro que sea, que no ceda al fuego del amor de Dios, dice S. Agustín: *Nihil tam durum et ferreum, quod non igne amoris vincatur.* (Lib. de Moribus Eccles., c. XXII).

El amor de Dios es fuerte como la muerte, dicen los Cantares; las inundaciones no han podido apagarle, ni los rios podrán sofocarle: *Fortis est ut mors dilectio. Aqua multa non potuerunt extinguere caritatem, nec flumina obruent illam.* (VIII. 6-7). El amor es fuerte como la muerte. En efecto; 1.º Así como la muerte todo lo domina, es dueña de todo, y ningún viviente ha podido escaparse de su imperio, el amor de Jesucristo ha triunfado de los golpes, de los clavos, de las espínas, de los dolores, de la cruz, de las afrentas, del hambre, de la sed, de la desnudez, y en una palabra, de todas las adversidades y de todos los obstáculos. El que ama á Jesucristo, está pronto á sufrirlo todo por él.

2.º El amor de Jesucristo es fuerte como la muerte; porque este amor ha triunfado de ella, la ha muerto, según la palabra del profeta Oseas: *O muerte, yo seré tu muerte: Ego mors tua, ó mors.* (XIII. 14).

3.º El amor es fuerte como la muerte, porque el amor experimenta los males del objeto amado. Si éste muere, uno se muere también de pesar.

*El amor es fuerte como la muerte.* Es imposible, dice S. Agustín, expresar de una manera más rica, más bella y más significativa el poder del amor de Dios; porque, ¿quién resiste á la muerte? Se re-

siste al fuego, al agua, al acero, al poder, á los reyes; la muerte viene, poco importa bajo qué forma, y ¿quién es el que puede resistirse á su imperio? *Venit una mors, ¿quis ei resistit?* (In hæc verba Cant.). Es dueña de todo: *Nihil est illa fortius.* (Eod. Loco). Hé aquí por qué el poder del amor es comparado al de la muerte. El amor de Dios destruye en efecto y mata en nosotros lo que somos, para transformarnos en lo que no éramos. Es una muerte, la muerte del pecado, pero es al mismo tiempo la resurreccion y la vida. (Ut supra).

Así como la muerte mata, dice S. Gregorio, el amor á la vida eterna nos hace morir para las cosas de la tierra: *Sicut mors interimit, sic ab amore rerum corporalium aeterna vita caritas occidit.* (In hæc verba Cant. supra). El amor de Dios produce el mismo efecto sobre las codicias del alma, que la accion que ocasiona la muerte del cuerpo, continúa este santo Doctor; es preciso despreciar todos los afectos terrenales. A difuntos de esta clase es á quienes el Apóstol decia: *Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: Mortui estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.* (Coloss. III. 3).

*La caridad es fuerte como la muerte,* dice S. Ambrosio, porque la caridad mata y hace desaparecer todos los pecados. Se muere para los vicios, cuando se ama al Señor. (In Psalm. CXVIII. Serm. XV).

Ya que la muerte jamás se cansa, jamás se detiene, corta la vida de todos los hombres, justo es que nuestro amor perseverere también hasta que haya destruido en nosotros todas las pasiones y todos los vicios.

*El amor es fuerte como la muerte.* Da muerte al demonio, al mundo, nos mata á nosotros mismos para hacernos vivir sólo en Jesucristo, hace desear el último día de la existencia, hace sacrificar la vida. El que ama verdaderamente, no llora ni por sus riquezas, ni por sus hijos, ni por su bienestar.

El amor de Dios hace que el alma viva durante el tiempo y la eternidad; el amor al mundo mata al alma por el tiempo y por la eternidad.

El alma, dice S. Crisóstomo, se ve tan elevada por el celeste amor, que mira como su mayor gloria llevar cadenas por Jesucristo y verse perseguida por él. Se escapa de todas las afecciones de la tierra, así como el oro en el crisol se libra de las manchas. Si el amor de Dios es grande, obra maravillas de valor. No sentimos estas verdades; no nos deleitan porque somos tibios y estamos helados: *Hæc omnia operatur amor hominis ad Deum, si ingens fuerit. Ista non sentimus et gustamus, quia frigidi.* (Homil. LII.)

San Agustín, al hablar de la castidad de José, emite, según S. Ambrosio, este precioso pensamiento: El que ama á Dios, no puede ser vencido por el amor de una mujer; los deleites y las seducciones de la juventud no conmueven á un alma casta; ni ésta cede



tampoco á la influencia de un amor apasionado. José es grande, porque, esclavo, no ha querido obedecer; amado, porque no ha querido amar; suplicado, porque se ha resistido; detenido, porque huyó. (*De Civit. Dei. c. XXIII*).

El amor de Dios me abrasa, me devora, dice S. Francisco de Asís; yo he respondido al amor con amor; el amor divino triunfa en mi corazón del amor que naturalmente el hombre experimenta por sí mismo. Ni las tempestades, ni las llamas, ni la espada me lo han de quitar nunca. (1). ¡Señor, dice el mismo Santo, muera yo de amor por Vos, ya que Vos moristeis de amor por mí!

Buscad al Señor por el amor, y sed firmes, dice el Salmista: *Querite Dominum, et confirmamini*. (CIV. 4).

El amor de Dios ahuyenta á los demonios.

El amor de Dios ahuyenta á los demonios. De la misma manera que las moscas huyen del agua hirviendo, y se dejan caer en las aguas tibias, en las cuales depositan gusanos, así los demonios huyen de un alma abrasada con el fuego del amor divino y se burlan de las almas tibias; las persiguen y las transforman en sentinas de corrupción.

Ver el amor de Dios en un corazón, es más insufrible para un demonio que los mismos tormentos del infierno. Este amor es una arma con la cual el cristiano resiste todas las terribles asechanzas de la antigua serpiente; con esta arma le quebranta la cabeza. Con este amor se triunfa del infierno y de todas las pasiones.....

El amor de Dios destruye el pecado.

El amor de Dios es la muerte de los crímenes y la vida de las virtudes, dice S. Agustín: *Caritas est mors criminum, vita virtutum*. (De laudibus Caritatis).

Muchos pecados se le perdonan, porque ha amado mucho, dice Jesucristo, hablando de la penitente Magdalena: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*. (Luc. VII. 47). Todo el moho del pecado queda destruido por el fuego del amor de Dios, y cuanto más grande es el amor en un corazón, más aniquilado se encuentra en él el pecado.

Vuestro Dios es un fuego que consume, dice el Deuteronomio: *Dominus Deus tuus ignis consumens est*. (IV. 24).

Dios, dice S. Gregorio, es un fuego que consume de todo pecado el alma que llena con su amor: *Deus ignis consumens est, quia mentem quam repleverit, à peccatorum rubigine puram reddit*. (In hæc verba Deuter.).

Nada malo queda en un corazón que arde con el fuego de la caridad, dice S. Casareo de Arles: *Nihil in eo mali manebit, in quo ignis asserit caritatis*. (Homil. V).

(1) *Urit amor, me torquet amor, sum factus amor  
Alter amor, nostri est victor amoris amor.  
Hunc mihi non unde, non flamma, nec uret ensis. In Opuscul. l. 3.*

El amor de Dios nos hace como impecables. Amad, y haced lo que queráis, dice S. Agustín: *Dilige, et fac quod vis*. (In 1. Joannis IV. Trac. VII). En efecto; el que ama á Dios, no podría resolverse á ofenderle, á ultrajarle, á violar su ley, etc.....

Todo me parece vil, dice el gran Apóstol á los Filipenses, comparado con la gran ciencia de Jesucristo mi Señor, por cuyo amor he perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar á Cristo. (1).

Hasta la salud del cuerpo, dice S. Gregorio, tiene poco precio para el alma que está herida con las flechas del amor divino: *Vilis ei fit ipsa salus sui corporis, quia transfusa est vulnere amoris*. (Lib. IV. Moral).

¿Puede amar al mundo corrompido el que ama á Dios incorruptible? El que se encuentre en este estado, exclame con S. Francisco: ¡Oh! ¡qué vil me parece la tierra cuando contemplo el cielo: *Quantus sordet terra cum cælum aspicio!* (S. Bonav., in ejus vita).

La pereza espiritual y la languidez no existe en el alma empujada por el deseo de amar á Dios á adelantar más y más en el camino de la perfección, dice S. Buenaventura: *Neque enim languor, vel desidia locum habet, ubi amoris stimulus semper ad majora perurget*. (In Speculo).

El corazón que tiene la caridad, es como un pedazo de cera que derritiéndose recibe la huella de Dios; mientras que el corazón que no la tiene, es como el barro que se endurece al sol. Y sin embargo, es el mismo calor del sol que ablanda la cera y endurece el barro.....

Y el que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, dice S. Pablo á los Efesios, estando arraigados y fundados en la caridad á fin de que podáis comprender con todos los Santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de este misterio de la bondad de Dios para con los hombres y conocer también el amor de Jesucristo hacia nosotros, amor que es superior á todo conocimiento, para que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios. (2).

Nadie más que el que ama á Dios está cerca de él; y cuanto más le amamos, más cerca estamos. Pero, Dios es la luz de las luces, la luz verdadera que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo, dice S. Juan: *Erat lux vera, que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*. (I. 9).

(1) *Omnia arbitror ut stercore, ut Christum sacrificium*. III. 8.

(2) *In caritate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus Sanctis, quæ sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profunditas; scire etiam supereminentem scientiam caritatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*. III. 17-19.

El amor de Dios hace despreocupar todas las demás cosas.

El amor de Dios disipa la tibieza.

El amor de Dios ilumina.



Los que os aman, Señor, brillan como el sol en su Oriente: *Qui diligunt te, sicut sol in ortu suo splendat, ita rutilent.* (Judic., V. 31.)

Todo se convierte en bien para el que ama á Dios.

Sabemos, dice S. Pablo á los Romanos, que todo contribuye al bien de los que aman á Dios: *Scimus autem quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* (VIII. 28). El amor de Dios todo lo hace fácil..... á todo da precio, á los sufrimientos, á la pobreza, etc.....

Dulzura y felicidad que se encuentran en amar á Dios.

Congratulaos con Jerusalem, exclama el profeta Isaias, y regocijaos con ella, vosotros todos que la amais; rebosad con ella de gozo. Los cuantos por ella estais llorando, á fin de que chupeis así de sus pechos la leche de sus consolaciones hasta quedar saciados, y saqueis abundante copia de delicias de su consumada gloria: porque esto dice el Señor: Hé aquí que yo derramaré sobre ella como un río la paz, y como un torrente que todo lo inunda, la gloria de las naciones: vosotros chupareis su leche, á sus pechos seréis llevados, y acariciados sobre su regazo: como una madre acaricia á su hijo, así yo os consolaré á vosotros, y hallareis vuestra paz y consolacion en Jerusalem. (1.)

Prodigando Jesucristo el delicioso vino de su amor á las almas fieles, las embriaga y las enloquece de amor; porque el amor perfecto, dice S. Dionisio produce el éxtasis y una locura santa. (De celest. Hier.)

Nada cautiva como Dios; nada tan bello, nada tan dulce como él. Yo los atraje hácia mí, dice el Señor por Oseas, con vinculos propios de hombres, con los vinculos de la caridad: *In funiculis Adam traham eos, in vinculis caritatis.* (Oseas. XI. 4). Los atraeré por medio del amor que les manifieste, por medio de señalados favores, por medio de la dulzura y de la gracia. Esto experimentó S. Agustin despues de su conversion. ¡Oh! exclama: ¡qué dulce fué para mí verme privado de repente de las engañosas alegrías y de las vanas delicias! y lo que primero temia perder, me colmaba de alegría al verlo perdido. Vos alejábais de mí aquellas mentirosas dulzuras, ó Dios mio, Vos que erais la verdadera y suprema suavidad: Vos las arrojábais, y entrabais en el lugar que ocupaban, más dulce que todos los placeres del mundo. (*Confess.*) Creed que el amor de Dios es un dardo violento con el cual Dios atraviesa el corazon.

Escuchad á S. Pablo cuando exclama encendido de amor: Yo todo lo poseo, nada en la abundancia, nada me falta: *Habeo autem omnia, et abundo, repletus sum.* (Philipp. IV. 18).

(1) Ut superatis et repleremini ab ubera consolationis ejus; ut mlangatis, et deliciis affluatis ab omnimoda gloria ejus: quia hæc dicit Dominus: Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem: ad ubera portabimini, et super genua blandietur vobis: quomodo si cui mater blandiatur, et ego consolabor vos. LXVI. 11-13.

Escuchad á Origenes explicando maravillosamente las siguientes palabras del Cántico: Estoy herida de amor: *Vulnerata caritate ego sum.* ¡Qué hermoso es, dice, y cuán honroso recibir la herida del amor divino! Otros están heridos de los dardos del amor carnal: otros tambien de los dardos de la avaricia. En cuanto á vosotros, exponeos al dardo selecto, al dardo encantador del amor divino; porque Dios es un arquero, y dichoso de aquel á quien hierel (1). S. Efen lo experimentaba al exclamar: Contened, Señor, contened las olas de vuestra dulzura, porque yo ya no puedo soportarlas: *Contine, Domine, undas dulcedinis tuæ, quia sustinere non valeo.* (Serm. VI.) Y S. Francisco Javier: Ya es bastante, Señor, ya es bastante: *Satis est, Domine, satis est.* (In ejus vita). El gran Apóstol las experimentaba hasta en medio de las numerosas tribulaciones que le alligieron. Estoy rebosando alegría, exclamaba en medio de todos sus trabajos: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 4).

Todos los bienes del hombre, todos sus deberes, su felicidad, su fin y su perfeccion, consisten en el amor de Dios. El amor trasforma al hombre en Dios. Es justo, Señor, dice S. Agustin, que el que busca su felicidad en otra parte, os pierda. Os pido que todo sea para mi amarguras, á fin de que tan sólo Vos parezáis dulce á mi alma, Vos que sois la inestimable dulzura y que haceis agradable todo lo que es amargo. (2).

Bienaventurados los que os aman, Señor, dice el justo Tobias: *Beati omnes qui diligunt te.* (XIII. 18).

No hay en las cosas humanas, dice S. Bernardo, nada que pueda satisfacer á una criatura hecha á imagen de Dios sino es Dios, que es el amor, única cosa superior á ella. (3). Si me gusta una cosa porque es buena, dice S. Anselmo, ¿cuánto más no he de amar á la que es infinitamente buena? ¿Por qué pues, ó mortal, buscas en otra parte bienes para tu alma y para tu cuerpo? Ama al único bien que todo es bien, y esto basta: *Ama unum bonum quod omne bonum est, et satis est.* (De Similitud.). Fuera de Dios, sólo encontramos arroyos; en Dios solamente está el Océano de todos los bienes: *Rivuli bonorum concupiscibulum diversi, fons unus omnium Deus.* (Eod. Loco). La consumacion y la perfeccion de la sabiduría, de la felicidad y de la virtud, tanto del hombre como del ángel, es Dios; es dirigir hácia él todos nuestros pensamientos, nuestras intenciones, nuestras acciones; es amarle en todas las criaturas, y á

(1) Quam pulchrum est quom decorem á caritate vulnus accipere! Alius jaculum carnei amoris accipit: alius terrena cupidine vulneratus est. Tu, præbe te jaculo electo, jaculo formoso, signidem Deus sagittarius est. Quam beatum est hoc jaculo vulnerari! *Bonav. II. in Cant.*

(2) Justum est ut amittat te quicumque in aliquo alio magis consolari cogit, quam in te. Peto ut omnia mihi amareant, ut tu solus dulces nigræssus anime meæ, qui es dulcedo inestimabilis, per quem cuncta amara doloerantur. *Lib. Confess.*

(3) Nihil est in rebus humanis quod possit replere creaturam factam ad imaginem Dei, nisi caritas Deus, qui solus major est illa. *Serm. in Cant.*



todas las criaturas en él: *Eunqne in omnibus creaturis, et omnes in eo amemus.* (Eod. Loco). El alma herida de los esplendores de su Criador, è inflamada de su amor; el alma que se une á Dios en abrazos infinitamente dulces, todo lo dirige hácia él, todo lo ve en él, no ve más que á él en todas las cosas. Suspira y no respira más que por él, diciendo: Cada vez que suspiro y respiro, á Vos, ó Dios mio, dirijo mis suspiros y aspiraciones: *Quoties suspiro et respiro, ad te, ó Deus meus, suspiro et aspiro.* (Eod. Loco). Hé aqui porque en cualquier lugar en que se halle y por más que haga, mira á aquel que ama, y obra por aquel que le ama: Vive, descansa y muere en él por medio del amor y de la contemplacion.

El profeta Jeremias experimentaba esta paz, esta alegría, este reposo y esta felicidad, cuando decia: Se ha encendido en mi interior una especie de fuego ardiente encerrado en mis huesos, y he desfallecido, no pudiendo sufrirlo. (1).

Dios, dice S. Agustin, ha inspirado al hombre un deseo de lo infinito que nada limitado puede satisfacer. Nos habeis hecho para Vos, Señor, y nuestro corazon estará siempre inquieto hasta que descansa en Vos. (2). ¿Quereis riquezas? prosigue el mismo Padre; Dios las tiene todas. ¿Quereis un manantial de agua viva? ¿Qué agua más pura que la de su gracia? Es verdad que Dios prueba en la tierra á sus elegidos de vez en cuando; porque la felicidad constante sólo existe en el cielo. La misma Esposa de los Cantares se queja de ello: Me he levantado, dice, á fin de abrir á mi Querido: he abierto, pero se habia ocultado, habia pasado; le he buscado, y no le he encontrado; le he llamado, y no me ha respondido. (3). Dios nos prueba; sujetémonos. Estas pruebas son una manifestacion de amor, y esforzándonos á obedecer á su santa voluntad, le amaremos siempre. Nada es más dulce, más abrasador, más casto que el amor de Dios; abraza los corazones y todo el cuerpo; embriaga el alma hasta hacer que se olvide de si misma.

Nada cuesta, y todo es fácil para el que ama.

De esta dulzura, de esta felicidad del amor á Dios, nace naturalmente la facilidad de amarle. Todo mandamiento de Dios dice S. Agustin, es ligero para el que ama: *Omne preceptum Dei lece est amanti.* (In Sentent. CCXXII).

Nada cuesta el trabajo al corazon amante, dice el mismo Padre: *Ubi amatur, non laboratur.* (Eod. Loco). En donde hay amor, dice S. Bernardo, no hay trabajo, sino suavidad: *Ubi amor est, labor non est, sed sapor.* (Serm. LXXXV. in Cant.). Nada es difícil, nada

(1) Factus est in corde meo quasi ignis exstans, claususque in ossibus meis: et defeci, ferro non sustineo. xx. 9.

(2) Facili nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. Lib. I. Confess., c. 1.

(3) Surrexi, ut aperirem dilecto meo: aperui dilecto meo, et illi declinaverat, atque transierat; quosivi, et non inveni illum; vocavi, et non respondit mihi. V. 5-6.

imposible para el que ama, dice S. Agustin: *Amanti nihil est difficile, nihil impossibile.* (Serm. X. de verbis Domini in Matth.). El alma que ama, se eleva con frecuencia hasta la celestial Jerusalem; recorre sus sitios; visita á los Patriarcas y á los Profetas; saluda á los Apóstoles; admira el ejército de los Mártires y de los Confesores; contempla las coros de las Virgenes y de todos los Santos.

O hombres, exclama S. Agustin, que os cansais sirviendo á la avaricia, vuestro amor os crucifica. Se ama á Dios sin trabajo: *Sine labore amatur Deus.* (Tract. IX. in Joann.). La avaricia os impone trabajos, peligros, tristezas, tribulaciones; y sin embargo le obedecéis. ¿Con qué fin? Para llenar vuestros cofres y perder la paz. Estabais más seguros y más tranquilos ántes de haber adquirido que despues de haber logrado ser ricos. Habeis llenado vuestros graneros, y temeis á los ladrones; habeis amontonado oro, y habeis perdido el sueño. Se adquiere á Dios sin trabajo, cuando se le ama, y se le posee sin inquietud: *Deus sine labore, cum amatur, acquiritur, et tenetur.* (Eod. Loco).

Atráeme tí mismo en pos de tí, dice la Esposa de los Cantares, y correremos todos al olor de tus aromas. (1. 3). Amad, dice S. Agustin, y sereis atraídos: *Ama, et traheris.* (Lib. Confess.). No creais que la violencia que hace Dios al alma sea dura y penosa; es dulce, suave: es la misma suavidad que os atrae: *Ne arbitreris istam asperam, molestamque violentiam; dulcis est, suavis est: ipsa suavitas te trahit.* ¿No se atrae á la oveja hambrienta enseñándole yerba? No se la obliga; se excitan sus deseos. Vosotros, pues, venid á Jesucristo; no os asuste lo largo del camino; es amando y no navegando, como se llega á él: *Amando venitur, non navigando.* (Lib. Confess.).

El amor, añade S. Agustin, es una palanca tan fuerte, que levanta los pesos más enormes; porque el amor es el contrapeso de todos los pesos. Mi amor es el peso que me arrastra; en todas partes á donde voy, siento la necesidad de dirigirme á él: *Amor meus pondus meum; eo feror quocumque feror.* (Lib. II. De Civit., c. xxviii).

La palanca del alma, dice S. Gregorio, es la fuerza del amor: levanta el alma sobre las cosas del mundo, y la trasporta al cielo. (*Homil. in Evang.*). Mi trabajo, dice S. Bernardo, dura apenas una hora; pero aunque durase más tiempo, no lo sentiria, porque amo: *Labor meus vix est unius horæ, et si majoris moræ, non sentio pro amore.* (Serm. In Cant.).

Jesucristo por la fuerza de su amor, ha sobrellevado todo el peso de su pasion y de su cruz. El amor hace fácil y ligero hasta lo más pesado y doloroso.

Dios, habitando en el alma fiel por medio de su amor, obra en ella las maravillas siguientes: 1.º La purifica de los deseos terrenales, para que sólo anhele y saboree las cosas del cielo. 2.º Este amor encamina hácia Dios todos los sentimientos del alma, todos sus afectos, su poder y sus actos, á fin de que no piense más que en Dios,

El amor da Dios encierran todos los huesos.



no vea ni busque más que á él. ¿Y qué podría buscar fuera, hallándose Dios en ella? Se sumerge en él, manantial de todos los bienes. 3.º El amor hace desear al alma las acciones heroicas para Dios; le hace desear sufrir por él y asemejarse á Jesucristo crucificado. 4.º La hace crecer cada día más y más en la gracia: 5.º La obliga á comunicar á los demás, aunque sea al mundo entero, el fuego de que se halla abrasada. El amor, dice S. Bernardo, no es más que una voluntad fuerte para obrar bien; *Nihil aliud est amor, quam vehemens in bono voluntas*. (De Natura Divini amoris, c. II). Así pues, el que no tiene celo, no ama, añade aquel gran Doctor: *Qui ergo non zelat, non amat*. (Ut supra). 6.º El alma hasta domina á Dios por medio del amor; obtiene de él todo lo que pide, y adquiere así cierta omnipotencia. 7.º Dios se une á ella, se asimila á ella y la hace participante de sus divinas virtudes; le comunica sus secretos; le revela el estado de los corazones; le da á conocer lo que pasa á lo lejos, y hasta el porvenir, como á los Profetas y á los Apóstoles. 8.º La tranquiliza, le da serenidad, la ilumina, á fin de que imperturbable, alegre, satisfecha en las adversidades y en la prosperidad, se regocije siempre en Dios, le alabe y le dé gracias, cantando con el Salmista: Bendeciré al Señor en todos tiempos: sus alabanzas estarán siempre en mis labios: *Benedicam Dominum in omni tempore: semper laus ejus in ore meo*. (XXXIII. 1). Y con Job también dirá: El Señor me lo había dado, el Señor me lo ha quitado: su voluntad se ha cumplido; bendito sea su nombre: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum*. (I. 21). En fin, el que ama á Dios, muere agobiado por el peso del amor divino, como la bienaventurada Virgen María.

Es el arte más excelente el arte de amar á Dios, dice S. Bernardo: *Ars artium, ars amoris*. (De Natura ac dignitate Divini amoris). Hace que todos los pensamientos del espíritu tiendan al amor; dirige todos los movimientos del corazón hácia el deseo de la eternidad. El hombre que ama á Dios, se place en su amor, y dichoso, en él permanece, saboreando su deleite; pronto, sofocado por sus sentimientos, se eleva sobre sí mismo, llega al éxtasis intelectual, sube hasta al pensamiento de Dios á fin de aprender á no ocuparse más que de él, á no descansar más que en él. El amor de Jesucristo absorbe todos sus afectos; descuidándose y olvidándose de sí mismo, no siente más que á Jesucristo y á las cosas que son de Jesucristo. Entónces (es el mismo S. Bernardo quien habla) su amor es perfecto. Y en este estado, la pobreza no es ya un peso para él; ya no siente las injurias; se ríe de los oprobios, desprecia las pérdidas, y considera la muerte como una ganancia; aún mas, no cree morir, porque sabe que de la muerte pasará á la vida eterna. (*Ibid.*)

El que ama las cosas terrenales, viles y vergonzosas, se vuelve semejante á ellas. Pero, al contrario, el alma que ama á Dios y só-

lo con él se liga, se vuelve semejante á los espíritus, á los ángeles, al mismo Dios. Entónces, dice S. Ambrosio, el Verbo de Dios la rodea, la ilumina, la inflama, la bendice; no constituye más que un sólo ser con ella. (*Serm. II*).

El amor de Dios enciende, abrasa, hace derriuir el corazón, y lo cambia enteramente. Ved á S. Pablo.... El amor de Dios ilumina, refresca y llena el alma de consuelos, de deseos de poseer á Dios; sacia y da la paz; da paciencia en las tribulaciones, y asegura la salvación; quita todo temor, é inspira confianza. Este es, Señor, el paraíso en el que podemos entrar sin abandonar la tierra. El que sube hácia Dios por medio del amor, tiene alas, dice S. Agustín: *Ad Deum ascendit volando, qui ascendit amando*. (Pref. in Psalm. CXXI).

Si me amais, guardad mis mandamientos, dice Jesucristo: *Si diligitis me, mandata mea servate*. (Joann. XIV. 15).

Las obras son una prueba del amor, dice S. Gregorio: *Probatio dilectionis exhibitio est operis*. (Pastoral).

El que me ama, dice Jesucristo, observará mi doctrina, y mi Padre le amará; y vendremos á él, y haremos mansion dentro de él: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diligit eum; et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus*. (Joann. XIV. 23). Quien ha recibido mis mandamientos y los observe, esa es el que me ama. (Id. XIV. 21). El Padre y el Hijo, dice S. Agustín, al venir á habitar en un alma, le dan su amor, y al fin, le concederán el cielo. Vienen hácia nosotros cuando nosotros nos dirigimos á ellos; vienen socorriendo, iluminando y comiendo de bienes; nosotros vamos á ellos obedeciendo, mirando y recibiendo: *Veniunt ad nos, cum venimus ad eos: veniunt subveniendo, illuminando, implendo; venimus obediendo, intuendo, capiendo*. (Tract. LXXXI. in Joann.)

El que no me ama, no guarda mis palabras, añade Jesucristo: *Qui non diligit me, sermones meos non servat*. (Joann. XIV. 24). Si alguien guarda la palabra de Dios, dice S. Juan en su epístola primera, el amor de Dios es verdaderamente perfecto en él: *Qui servat verbum ejus, vere in hoc caritas Dei perfecta est*. (I. n. 5). La caridad, añade, consiste en proceder segun los mandamientos de Dios: *Hæc est caritas, ut ambulemus secundum mandata ejus*. (II. 6).

El primer deber de la caridad es obedecer las órdenes de Dios, sujetarse á ellas, y tener confianza en las promesas divinas. Se lee en el Eclesiástico que los que aman á Dios se llenarán de su ley, esto es, la estudiarán, la conocerán y la practicarán: *Qui diligunt eum, replebuntur lege ipsius*. (II. 19).

El P. Álvarez, hablando de la contemplación, indica quince grados del amor de Dios. 1.º grado, la intuición de la verdad. 2.º El recogimiento. 3.º El silencio espiritual. 4.º El reposo. 5.º La unión.

Para amar á Dios es necesario observar su ley.

Varios grados del amor á Dios.



6.º La audición del lenguaje de Dios. 7.º El dueño del espíritu. 8.º El éxtasis. 9.º El arrobamiento. 10. La aparición corporal de Jesucristo. 11. La aparición espiritual de Jesucristo y de los Santos. 12. La visión intelectual de Dios. 13. La visión de Dios al través de las nubes. 14. La manifestación positiva de Dios. 15. La visión clara é intuitiva de Dios que tuvo S. Pablo, según S. Agustín y varios otros Doctores, cuando fué arrebatado al tercer cielo.

Cualidades del amor á Dios.

El amor á Dios debe ser: 1.º Inseparable. 2.º Insaciable. 3.º Invencible. 4.º Suave. 5.º Lleno de deseos. 6.º Teniendo sed de Dios, esforzándose para llegar á él, contemplándole en sus criaturas, y ardiendo en deseos de poseerle. 7.º Animado del deseo de morir; no por disgusto de la vida, sino para estar con Jesucristo y disfrutar de él. 8.º Debe ser liberal. 9.º Entero.

Sentimiento por no haber amado á Dios.

Yo os he amado demasiado tarde, hermosura siempre antigua y siempre nueva; yo os he amado demasiado tarde, decía S. Agustín con el alma llena de amargura: *Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova; sero te amavi*. Os he conocido demasiado tarde, Dios mío, os he amado demasiado tarde: *Sero te cognovi, sero te amavi*. Desgraciado tiempo aquel en que no os amaba: *Vae tempori illi quando non amavi te!* Desgraciado mil veces fuera yo si dejase de amaros; preferiría no existir ántes que vivir sin Vos: *Vae mihi et iterum vae si quando non amaverim te; utinam potius non essem, quam essem aliquando absque te!* (Lib. X. Confess.). Penetrémonos de los sentimientos de S. Agustín.....

Desgracia del que no ama á Dios.

Anatematizado sea el que no ama á Jesucristo nuestro Señor, dice S. Pablo: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema*. (I. Cor. XVI. 22). El que no ama á Dios, permanece en la muerte; dice el apóstol S. Juan: *Qui non diligit manet in morte*. (I. III. 14). El que no ama á Dios, no le conoce; porque Dios es todo amor, añade el mismo Apóstol: *Qui non diligit, non novit Deum; quoniam Deus caritas est*. (I. IV. 8).

Todos los que me aborrecen á mí, aman la muerte, dice el Señor en los Proverbios: *Omnes qui me oderunt, diligunt mortem*. (VIII. 36).

Apartad vuestro corazón del amor á la criatura, dice S. Agustín, para consagrarlo al Criador; porque si abandonais al que os ha criado y os unís á lo que ha creado, seréis adúlteros: *Evelle cor tuum ab amore creaturae, ut inhæreas Creatori: si autem deseris eum qui te fecit, et amas illa que fecit, adulter es*. (De Moribus). Que tiembren aquellos que no aman á Dios, dice S. Gregorio: *Paveant illi qui non amant*. (Homil. in Evang.).

El lenguaje del que no ama á Dios, es un lenguaje bárbaro y extraño, dice S. Bernardo: *Lingua ei qui non amat, barbara est, et peregrina*. (Serm. in Cant.). El que no ama á Dios, deja de vivir, dice S. Agustín: *Perdit quod vivit, qui Deum non diligit*. (De Civit.).

El amor de Dios hácia los hombres es tan grande, que no solamente se presenta á los que le buscan, sino que va en pos de los que no le buscan, hasta de los que huyen de él, de los que le aborrecen y le persiguen: los atrae, les invita y les hace cierta violencia. ¡Cuán desgraciados, ingratos y perversos son pues aquellos que muestran indiferencia en amar á Dios que tanto les ama! ¡Qué desgracia más terrible para ellos despreciarle y combatirle! ¡Ay! ¡Qué grande es el número de los que no aman á Dios! ¿Quién puede decir con S. Pedro: Señor, vos que todo lo conocéis, no ignorais que os amo? *Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te*. (Joann. XXI. 17.) ¿Quién puede decir con el Rey Profeta: Mi alma se ha unido con vos, Señor: *Adhasit anima mea post te?* (LXXII. 8). Lloremos la desgracia de los que no aman á Dios.

Jesucristo nos enseña cómo hemos de amar á Dios: Amaréis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, toda vuestra alma y todas vuestras fuerzas. (Math. XII. 37). Con todo vuestro corazón, esto es, consagraréis vuestra memoria á recordar sus dones, etc... Con toda vuestra alma: aplicaréis vuestra inteligencia á comprender cuán amable es por sí mismo, cuanto os ha amado. Con todas vuestras fuerzas, esto es, con toda vuestra voluntad. Escuchad á S. Agustín: Cuando Dios dice: Amaréis con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y todo vuestro espíritu; no os permite olvidarle en un solo instante de vuestra vida, ni querer gozar de otra cosa distinta. (Homil. ad pop.).

Amar á Dios es: 1.º Darle nuestro corazón por entero y no dejar nada para el demonio ni el pecado. 2.º Es tener á Dios para fin de todas nuestras acciones, y preferirle á todo como á nuestro soberano bien y único fin. 3.º Amar á Dios es obedecerle en todo y siempre...

Todos cuantos hayan dado á Dios su corazón por medio del amor, alegrense en las penas, en las tribulaciones, en las angustias, en el hambre, en la sed, en la desnudez y en el desprecio, en medio de las burlas, de las calumnias, de las maldiciones, de los sufrimientos y hasta de la muerte ocasionada por las persecuciones, dice S. Bernardo. (Serm. in Psalm.).

Santo Tomás indica tres medios de unirse á Dios por medio del amor. Es menester el valor del espíritu, ó la energía, una gran severidad contra las concupiscencias, y la bondad hácia el prójimo. (4. p. q. art. 13).

Si nosotros no morimos para el mundo, dice S. Gregorio, no somos aptos para vivir del amor á Dios: Este es un cuarto medio: *Nisi seculo moriamur, Deo per amorem vivere non valeamus*. (Pastoral.). Las lecturas piadosas, dice S. Bernardo, son la leche del amor de Dios: la meditacion lo alimenta, la oracion lo fortifica y lo ilumina: *Amorem Dei lact lectio, meditatio parci, oratio confortat et illuminat*. (Serm. in Psalm.).

De qué modo debemos amar á Dios.

Medios de amor á Dios.



Estos son excelentes medios para adquirirlo y conservarlo. ¿Queréis otros? Escuchad la voz de Dios: ¿Nuestro corazón, decían entre sí los dos discípulos que iban á Emmaüs, no estaba abrasado cuando nos hablaba (J. C.) durante el camino y nos descubría el sentido de las Sagradas Escrituras? *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?* (Luc. XXIV. 32).

Mi corazón se inflama de amor, y cierto fuego le devora cuando medito, dice el Real Profeta: *Concubuit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis.* (XXXVIII. 4).

La pureza del corazón es un medio perfecto de amar á Dios: Mi Amado se alimenta entre las azucenas: *Dilectus meus pascitur inter lilia.* (Cant. II. 16).

Conjuroos, hijas de Jerusalem, exclama la Esposa de los Cantares, si encontráis á mi muy Amado, decidle que desfallezco de amor: *Adjuro vos, filie Jerusalem, si inveneritis Dilectum meum, ut nuntietis ei, quia amore langueo.* (V. 8). ¡Oh! ¿quién me diera, exclama de nuevo, hallaros y abrazaros? Entonces mis enemigos me respetarán. (VIII. 1). El deseo es pues un medio muy eficaz para atraer hacia nosotros el amor de Dios y conservarlo.

La fe nos hace amar á Dios. Ahora, dice S. Agustín, amamos creyendo lo que hemos de ver: cuando estemos en el cielo, amaremos viendo lo que hayamos creído: *Nunc diligimus credendo quod videbimus: tunc diligemus videndo quod credimus.* (De Spiritu Sancto).

El temor del Señor es un medio seguro de amar á Dios. El temor excita, dice S. Agustín; pero el amor cura las llagas hechas por el temor: *Timor stimulat; sed caritas sanat quod vulnerat timor.* (Homil. ad pop.). Es absolutamente necesario, dice S. Basilio, que el temor obre y sea como el introductor de la piedad: la caridad llega despues. *Necessario velut introductorius ad pietatem timor assumitur: dilectio vero deinceps.* (Epist.).

El alma encuentra á Dios por medio de la fe y de la esperanza; le posee por la caridad: si está ausente, lo encuentra por el deseo; si presente, lo detiene por la alegría; le descubre y le conserva por la paciencia; le posee por el consuelo.

Es menester perseverar en buscar á Dios y desear amarle, pues es un medio cierto de llegar á él. Buscad al Señor, y seréis fuertes; buscadle siempre, dice el Rey Profeta: *Querite Dominum, et confirmamini; querite faciem ejus semper.* (Civ. 4). Dios, dice San Agustín, debe ser buscado sin fin, porque también ha de ser amado sin fin: *Deus est sine fine querendus, quia sine fine amandus.* (Lib. de Civit.).

¿Deseamos tener caridad? Dirijámonos al Espíritu Santo, que es el Dios del amor; porque, como dice S. Pablo á los Romanos, la caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que hemos recibido: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* (V. 5).

## AMOR AL PRÓJIMO.

La caridad no es otra cosa que la buena voluntad, dice S. Agustín: *Quid aliud est caritas quam bona voluntas?* (De Morib.)

Por su esencia, la caridad, dice S. Juan Climaco, tiene tanta semejanza con Dios, cuanta pueden percibir los mortales. Por su eficacia, es una especie de embriaguez del alma; en fin, sus propiedades son ser el fundamento de la fe, y el sosten de un alma paciente. (Grado 5.º).

Amaréis al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y todo vuestro espíritu, dice Jesucristo en S. Mateo. Este es el más grande y el primero de los mandamientos. (XXII. 37—38). Pero hé aquí el segundo, semejante á aquel: Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos: *Diligis proximum tuum sicut te ipsum.* (XXII. 39). En estos dos mandamientos se encierran toda la ley y los Profetas: *In his duobus præceptis universa lex pendet et Propheta.* (XXII. 40).

Jesucristo dice en el Evangelio, segun S. Juan: Hé aquí mi precepto: Amad los unos á los otros: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem.* (XV. 12). Toda la ley, dice S. Pablo á los Gálatas, está contenida en esta única sentencia: Amad á vuestro prójimo como á vosotros mismos: *Omnis lex in uno sermone impletur: Diliges proximum tuum sicut teipsum.* (V. 14). Permanezca en vosotros el amor hacia vuestros hermanos, escribe este apóstol á los Hebreos: *Caritas fraternitatis maneat in vobis.* (XIII. 1).

Ante todo, dice el apóstol S. Pedro, mantened constante la mutua caridad entre vosotros, porque la caridad hace perdonar la multitud de los pecados: *Ante omnia in vobis metipsis caritatem continuam habentes.* (I. IV. 8). Ejercitad entre vosotros la hospitalidad sin murmurar.

Haga cada cual servicios á los demás, segun el dón que haya recibido, como fieles dispensadores de las diferentes gracias de Dios. (I. IV. 9-10). S. Juan en su primera Epístola, al hablar del mandamiento de amar á Dios y al prójimo, dice: Lo que os escribo, no es un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo. (II. 6). Este mandamiento fué dado á Adán y á todos los hombres en la ley natural, así como á los ángeles, desde el principio de su creación. Y siguiendo hablando del amor á Dios y al prójimo, el mismo apóstol añade: Os doy un mandamiento nuevo. (I. II. 8). Y lo califica así:

1.º A causa del nuevo peso que le imprime el nuevo legislador Jesucristo, y aun por razon de la nueva elusion de la caridad y de la gracia venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés.